En Vano Es Querer Venganzas,
Quando Amor Pasiones Vence

Furmento

COMEDIA NUEVA

PARA CASAS PARTICULARES,

Y FACIL DE EXECUTARSE POR NO TENER MAS QUE CINCO PERSONAS,

INTITULADA

EN VANO ES QUERER VENGANZAS, QUANDO AMOR PASIONES VENCE.

SU AUTOR

DON ANTONIO FURMENTO.

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA.

Don Felix de Toledo.
Doña Isabel.
Don Juan.
Doña Leonor.
Celio criado.

JORNADA PRIMERA.

Sale Don Felix y Celio.

Cel. ¿QUé tienes, señor, que estás
con tanto desasosiego,
que velando noche, y dia,
no pagas tributo al sueño?
¿Tambien te estás sin comer,
siendo tu ordinario almuerzo
los ayes, y los suspiros,
como si fuera tu intento
conmutarte en camaleon,
y alimentarte del viento?
¿Dí si, acaso fatigado
de vivir, quieres con esto
pasar de este mundo al otro,
sin que pagues los derechos
á Botica, y Cirujanos,
á Practicantes, y Médicos,
que son infaliblemente
de la muerte alcabaleros?
Fel. No sé, Cielos, cómo vivo
quando mis penas contemplo,
que son tales, que debieran
acabar con mis alientos.
Cel. Búrlate de todas ellas,
y no quieras ser tan necio,
que te mueras de pesar,
que es Herodes de discretos,
mayormente quando sabes
que ya se pasó aquel tiempo
en que el puntillo mandaba:
ya no es tan etiquetero
el honor, hoy solo campa
el interes, y el provecho:
no hay mas honra, que el lucir,
ni

ni mas punto, que el dinero.
Fel. Calla, Celio, no prosigas,
que comunicar deseo
mi dolor, para aliviarle:
dí á Leonor, que aquí la espero.
Cel. ¿Adónde estará?
Fel. En su quarto.
Cel. Voy á obedecerte luego.
Fel. ¿Preveniste los caballos?
Cel. Ya, señor, estan dispuestos.
Fel. Ve á llamarla.
Cel. ¿Es despedida?
Fel. Nada me preguntes, Celio.
Cel. Eso será si pudiese. *Vase.*
Fel. Vuelve con ella al momento.
La causa de mis pesares *Ap.*
hoy desarraygar pretendo,
aniquilando su orígen
con la venganza que intento.

Sale Leonor y Celio.

Leon. Felix, de Celio avisada,
solícita á saber vengo,
si para aliviar tus penas
acaso soy de provecho.
Cel. Apuesto que aquí hay romance
de dos horas por lo ménos.
Fel. Ya sabes, Leonor querida,
con quán iguales afectos
nos amamos como hermanos,
como amantes nos queremos,
de manera, que al mirarnos,
siempre unidos, nunca opuestos,
dicen en nuestra alabanza
somos una alma en dos cuerpos:
harta desdicha del siglo,
hermana, que poseemos,
que la union aun entre hermanos
ya se tiene por portento:
siendo, pues, tanta la nuestra,
hoy, que ausentarme resuelvo
de este pueblo, creeria
agraviar á nuestro afecto,
si emprendiera mi viage
sin informarte primero
de las causas que he tenido,
mi Leonor, para emprenderlo.
Leon. Atenta, Felix, te escucho,
á pesar del sentimiento
que me ha de costar tu ausencia.
Fel. Pues de esta manera empiezo.
Cel. Dios nos la depare buena.
Fel. Don Alvaro de Toledo,
nuestro padre, que ya goza
en mejor vida otro Reyno,
allá en la edad, en que siempre
en los juveniles pechos
Amor se introduce rayo,
para ser del alma incendio,
con Elvira nuestra madre
contraxo su casamiento,
siendo medianero Amor.
Para que fuese completo
el gozo de ambos, dispuso
benigno, y piadoso el Cielo,
que á el primer año lograsen
ver en dos infantes tiernos,
nacidos de un solo parto,
asegurando el rezelo
de falta de sucesores
en la Casa de Toledo.
Querer aquí encarecer
el regocijo, y contento,
que tuviéron nuestros padres,
por imposible lo dexo,
y tambien porque despues
del mismo placer naciéron
los pesares, que á los dos
quitáron el noble aliento.
¡O quántas veces, ó quántas
el hombre se engaña necio,
aplaudiendo lo que ignora,
si es su castigo, ó su premio!
Alonso, y Juan se llamáron
los dos hijos que refiero,
y estos son los que han causado
las penas, que padecemos;
pues luego que ambos pasáron
la niñez, cuyo gracejo
conmueve á tiernos cariños
aun á los genios mas serios,
empezáron á mostrar
el natural mas violento,
mas altivo, mas tirano,
mas irreducible, y fiero,
sin quererse sujetar,

ni á la fuerza del consejo,
ni al rezelo del castigo,
ni aun al paternal respeto,
dando en esto á conocer,
que sin milagro del Cielo,
una mala inclinacion
tiene muy poco remedio.
Ya en la varonil edad,
sus continuos desaciertos,
siendo llanto de mis padres,
eran del pueblo tropiezos.
No sé cómo al referirlo
de puro dolor no muero,
que quien no siente en su sangre
las manchas de indignos hechos,
ó no es hombre, y si lo es,
es hombre sin sentimiento.
En fin, Leonor, bien te acuerdas,
que despues de muchos yerros,
y de acciones muy impropias
de la sangre de Toledo,
dispusiéron no advertidos
dexar entrambos el Reyno,
ausentándose á otro extraño,
sin que para detenerlos
encontrase nuestro padre
medio, razon, ni argumento,
á cuyo pesar rendido
pagó anticipado feudo
á la muerte, y á pocos dias
le fué mi madre siguiendo.
Viéndose en mas libertad
por este acaso funesto,
el camino de Castilla
los dos, hermana, emprendiéron,
y en uno de sus Lugares,
cuyo nombre no refiero
por no ser aquí del caso,
hacer alto dispusiéron
unos dias, por gozar
de sus campos lo halagüeño.
En este Lugar, Leonor,
una dama hermosa viéron,
que era esposa de un Hidalgo
de lo principal del pueblo.
Ciegos al ver su belleza,
sin que lés sirva de freno
el estado de casada,
ni del marido el respeto,
para lograr su hermosura
andaban buscando medios
de comun acuerdo entrambos:
que quando amor es grosero,
y torpe, poco se para
en competencias, y zelos.
Dígalo, pues, una tarde,
que á las Heras (que es paseo
usado de los Lugares)
salió para su recreo
esta dama con su esposo,
en que los dos en acecho,
para lograr la ocasion
de sus infames deseos,
cautelosamente aleves
le saliéron al encuentro,
y dando al infeliz muerte,
bárbaros, crueles, fieros,
intentáron, que la dama
fuese usurpado trofeo
de su mal nacido amor,
y de sus torpes deseos,
pretendiendo construir
sobre el carmin, que vertiéron,
lecho para su apetito,
tumba al honor de su dueño;
pero el Cielo cuidadoso,
tan grande arrojo sintiendo,
y mirando la inocencia
de la dama en tanto riesgo,
infundió valor tan grande
en su dolorido pecho,
que pudo guardar valiente
de su honor el sacro templo
hasta tanto que á sus voces
acudiéron los del pueblo.
(que á honor que grita, no es fácil
falte oportuno remedio)
Temerosos mis hermanos,
pidiéron alas al viento:
que no hay mayor cobardía,
ni causa que dé mas miedo,
que un delito cometido,
quando se ve descubierto.
Siguiéronlos vengativos
los que á sus voces viniéron,
pero en vano; mas la dama

mirando á su esposo muerto,
trocado el furor en llanto,
y en iras el sentimiento,
se restituyó á su casa,
seguida de un Caballero,
que de su difunto esposo
era aun mas que amigo, deudo.
En ella juráron ambos
de no dexar el acero
de la mano, hasta vengar
este homicidio sangriento,
no solo en los agresores,
sino tambien en los deudos,
y parientes, que tuviesen
igual sangre, concluyendo
el trato con afirmar
(¡qué bárbaro desacierto!)
que hasta que extingan la nuestra
no han de abandonar su intento.
Con esto la hermosa dama,
con valor, y con aliento,
despreciando los retiros
de viudedad, y de duelo,
dexó los blandos adornos
competentes á su sexô,
vistiendo, en vez de damascos,
pesadas ropas de acero.
Tomó un ligero caballo,
y seguida de aquel deudo,
dió principio á la jornada,
para cumplir lo resuelto.
Corriéron varios caminos,
viéron lugares diversos
en busca de mis hermanos:
pasáronse algunos tiempos
sin hallarlos, hasta tanto
que determinado el Cielo
á castigar sus delitos,
dispuso (¡caso funesto!)
que en una pequeña Aldea
los hallasen. (¡dolor fiero!)
Apénas supo la dama
tan apetecido encuentro,
quando enojada, y sangrienta,
su venganza previniendo,
con ardid, y con cautela
hizo sepulcro sus pechos,
en que enterró sus ofensas
con la hazada de su acero.
¿Pensarás, Leonor, aquí,
que no obstante el juramento
de acabar nuestra familia,
quedarian satisfechos
sus enojos, ahogándose
en la sangre que vertiéron?
Pues no, Leonor, no lo pienses,
que esta muger, excediendo
á las fieras mas sangrientas,
quiere con bárbaro empeño
aun mas allá de la muerte
llevar sus crueles deseos,
extendiendo, como dixe,
de su venganza el veneno
á quantas vidas alientan
con la sangre de Toledo,
con tanta publicidad,
tan sin rezelo, y sin miedo,
como enviarme á mi casa
con un triste mensagero
esta noticia, diciéndome,
(¡á quien no admira su aliento!)
que todos nos prevengamos
á morir, porque su esfuerzo
marcha ya contra nosotros,
para darnos fin funesto.
De sus intentos no dudo,
hermana, si, considero,
que una muger enojada
aventaja con exceso
á la cólera del rayo,
á la execucion del trueno,
á la crueldad del oso,
á la del leon soberbio.
En fin, querida Leonor,
esta muger (caso es cierto)
para acabar con nosotros
se encamina al lugar nuestro:
para evitar este daño
salirla á buscar resuelvo,
no para matarla, hermana,
que fuera indecente duelo
valerme contra una dama
del limpio y templado acero,
sino para buscar modo
de desvanecer su intento,
ó bien valido del arte,

ó bien valido del ruego:
que aunque ofendido me miro
en las dos muertes que ha hecho
en mis hermanos, no juzgo
que vengarme en ella debo,
pues han sido con motivo
de no poco fundamento,
como el vengar á su esposo,
y volver por su honor mesmo.
Esto es en quanto á la dama;
pero en quanto al caballero,
que sin tener igual causa,
sin tener igual derecho,
solo por deudo, ó galan,
apadrina sus intentos,
debo tomar la venganza
brazo á brazo, y cuerpo á cuerpo:
pues dexando aparte, que
ha hecho suyo este duelo
de Isabel, que así se llama
la dama que te refiero,
viene á buscarme con ella,
y fuera mal visto, creo,
sabiendo que á mí me busca,
no salirle yo al encuentro,
mayormente quando así
se redime nuestro riesgo:
que estando Doña Isabel
sin su lado, considero
lograré mas fácilmente,
que se aparte de este intento,
que se temple su rencor,
que se minore su ceño,
aunque apueste en lo irritada
la voracidad de fuego,
al ímpetu de las aguas
en su carrera, ó despeño;
pues el primero se extingue,
si se le aparta el fomento,
y ellas amainan tambien,
si del rio se ven léjos.
Yo voy, Leonor, á marchar
acompañado de Celio,
que para el intento mio
me basta por compañero:
tú te quedarás, hermana,
á nuestra casa asistiendo
miéntras que duré mi ausencia,
y hasta tanto que los Cielos
me vuelvan á vista tuya,
donde vivas con sosiego
libre de Doña Isabel,
yo vengado, y satisfecho.

Leon. Atenta he estado escuchando,
hermano, todo tu intento,
pero hallo en executarlo
para tí evidente riesgo.

Fel. ¿De qué manera? *Leon.* ¿No dices,
que estás, Don Felix, resuelto,
si á Doña Isabel encuentras,
á no empuñar el acero
contra ella? *Fel.* Es cierto.

Leon. Isabel
¿no viene con grande esfuerzo
para quitarte la vida?
que lo logre ten por cierto,
si no la matas; y así,
por mas acertado tengo
el ir en tu compañía:
que siendo contrarios nuestros
con una muger, un hombre,
un hombre y muger serémos
en la venganza empeñados,
y así salvamos el duelo.

Fel. No, Leonor, de ningun modo
que vengas conmigo quiero,
que seria muy mal visto,
que antepusiera á mi riesgo
el tuyo, sin otros graves
inconvenientes, que advierto:
en tu casa recogida
estarás miéntras que vuelvo.
Quédate con Dios, Leonor. *Vase.*

Leon. Con bien te vuelvan los Cielos.

Cel. Usted no tenga cuidado,
que muy presto volverémos,
si no fuese en los caballos,
en relaciones de ciegos.
¿Quiere usted que yo me quede
acompañarla? *Leon.* Es yerro,
pues es forzoso que sigas
á tu amo. *Cel.* Voy á hacerlo. *Vase.*

Leon. Pues ya se ausentó mi hermano,
para asegurar mis riesgos,
y vengar nuestros agravios
consultar conmigo quiero,

qué

qué he de hacer: quedarme yo,
conforme él lo ha dispuesto,
en casa, quando hay muger
que desmintiendo su sexô,
intenta darnos la muerte,
no viene bien á mi aliento;
y así pretendo yo sola
buscarla, y hacer lo mesmo.
Ea, valor, á conseguir
esta empresa, y quiera el Cielo,
que encuentre yo á mi contraria,
para avasallar su esfuerzo,
ántes que mi hermano Felix
se halle empeñado en el riesgo. *Vase.*

Sale Doña Isabel de camino, y Don Juan armados.

Juan. Aquí, hermosa Isabel,
en esta amena campaña
puedes de tantas fatigas
hacer una breve pausa:
que aunque tu brio gentil,
tu valor, y tu constancia
te publiquen Amazona,
ó Diosa de las Batallas,
es preciso que el cansancio
de tan continuas jornadas
postre la delicadeza
de tu beldad celebrada.
Descansa, Isabel hermosa,
suspende un rato las armas,
sé un breve instante Venus,
ya que siempre fuiste Palas:
oye los tiernos suspiros
de quien fino te idolatra.

Isab. Mi justo enojo, Don Juan,
que solo intenta venganzas,
no me permite que admita
el descanso, que á mis plantas
ofrece en verdes lisonjas
esta hermosa, y verde estancia;
y en quanto á que oiga tu amor,
Don Juan, en vano te cansas,
quando sabes, que mi esposo,
muerto por traicion infausta,
vive aun en mi memoria
á pesar de la cruel parca.

Juan ¿Su muerte ya no vengaste,
valiente, altiva, y bizarra?

Isab. Sí, Don Juan, pues se la dí
con valerosa asechanza
á los crueles traidores,
que causáron mi desgracia.

Juan. ¿No sería mejor, dime,
ya que te miras vengada,
que volvieras al descanso,
y á la quietud de tu casa?

Isab. ¿Habia de volver yo,
(¡qué proposicion tan vana!)
quando sabes mis intentos,
á mi lugar ó á mi casa,
sin acabar de verter
la sangre aleve, y villana,
que en Don Felix, y Leonor,
hermanos de quien me agravia,
á pesar de mi rencor,
aun sus viles venas baña?
Pues ¿cómo si esto no ignoras,
pretendes hacer instancia
de que lo tratado dexe,
y á mi retiro me vaya?

Juan. Muertos ya los agresores,
que de tu mal fuéron causa,
perseguir á sus hermanos
parece accion temeraria.

Isab. Que lo sea, ó no, Don Juan,
á tí no toca juzgarla;
y así, para libertarme
de argumentos, que me cansan,
y del peligro que tengo
miéntras que tú me acompañas,
que la Justicia me siga,
y me conozca, pues se halla
informada de las muertes
que ha executado mi espada
en los dos viles traidores,
que con cruel, y torpe saña
quisiéron, muerto mi esposo,
violar de mi honor la fama;
para mejor encubrirme,
yo desde aquí, disfrazada,
y sola, he de proseguir
la venganza comenzada;
y así, Don Juan, puedes irte
por esta senda á tu casa,
miéntras que yo por esotra
dirijo mis nobles plantas:

qu

que para resguardo mio
mi propio aliento me basta,
Juan. Detente, Isabel hermosa,
advierte, mira, y repara,
que una cosa es argüirte,
y otra el permitir que vayas
sin que te asista mi amor,
mi brazo, vida, y espada,
en ese empeño, ú en otro,
ya que te miro arrestada.
Para hacer esto, Isabel,
la palabra que dí basta:
mira qué hará si se añade
á esto la amorosa llama,
que obliga á mi corazon
á ser ciega salamandra
de tu hermosura perfecta,
de tu beldad delicada.
Isab. No, Don Juan, no me conviene
que en mi compañía vayas;
sola he de ir desde aquí,
en eso estoy empeñada;
y si piensas resistirme,
cree, que esto será causa
para que en toda tu vida
me veas desenojada;
y porque sepas, Don Juan,
que mi valor no se aparta
de valerme de tí, quando
necesite de tu espada,
en pasando algunos dias
en esta Villa cercana
puedes buscarme, que allí
consultarémos las trazas
(si no la hubiese logrado)
de conseguir mi venganza.
Juan. Aunque resiste mi amor
la ausencia de lo que ama,
á obedecer tus preceptos
me precisa tu amenaza;
veré si con la obediencia
consigo mirarte grata:
donde me mandas iré
con la vida, y con el alma.
Isab. Id con Dios.
Juan. El Cielo os guarde. *Vase.*
Isab. ¡Qué porfia tan cansada!
solo por librarme de ella
le mandé que me dexara;
y pues ya me miro exênta
de las molestas instancias
de su amor, seguiré sola
el rumbo de mi venganza,
y miéntras que la consigo,
en esa Villa cercana,
que desde aquí se divisa,
harán mis fatigas pausas,
que lo largo del camino
me trae rendida, y cansada. *Vase.*

Felix, y Celio.

Cel. Aquí podemos, Señor,
tomar un breve descanso,
que los caballos estan
rendidos, y fatigados.
Fel. ¿Los ataste?
Cel. Sí Señor,
aunque era bien excusado;
segun vienen de molidos,
no se moverán ni un paso.
Fel. Pues miéntras toman aliento,
aquí podemos sentarnos:
siéntate, Celio, tambien,
que esta licencia en el campo
te es permitida.
Cel. Lo haré,
pues vengo hecho pedazos,
que el palafren es troton,
y tiene un paso del diablo;
pero permite, Señor,
ya que solos nos hallamos,
te pregunte mi ignorancia,
¿para qué, y adónde vamos?
Fel. De lo que dixe á mi hermana
tan presto te has olvidado?
Cel. No señor; pero yo veo,
que el encontrar vá muy largo
á esa dama, y ese galan;
y si llegas á lograrlo,
un bravo dia le espera
al uno de tus contrarios.
Fel. ¿A quál de ellos?
Cel. A la dama:
pues puede ser que postrado,
y vencido te precise
á ser su mísero esclavo.
Fel. ¿Tanto poder es el suyo,

quan-

quando su ser es fundado
en débil naturaleza,
falta de valor, y brazo?
Cel. Con ser muger solamente
para rendirte tiene harto,
pues en solo una muger
se juntan dos mil contrarios.
Fel. Dílos, pues.
Cel. Atiende un poco,
te divertirás un rato
el corto tiempo, que aquí
quieres que estemos sentados;
presuponiendo primero,
que la dama de que hablamos
sea hermosa, que si es fea,
no hay nada de lo tratado.
El primero que se cuenta,
que á la muger le da amparo,
para que postre á los hombres,
es Cupido el Dios vendado,
que en sus trenzas, y sus cejas
labra sus cuerdas, y arcos.
Fel. Si así son los enemigos,
muy bien podrémos librarnos.
Cel. No tambien, que son sutiles
estas armas del contrario.
Fel. Si ese contrario que dices
está sin vista, ó vendado,
mal podrá á mi corazon
hacer un tiro acertado.
Cel. Ay señor, que quando quiere,
abre los ojos de á palmo.
Son el segundo enemigo
sus ojitos, que en mirándolos
el hombre, sin resistencia
queda luego aprisionado,
y éstas son armas de fuego
de múy dificil reparo.
Fel. ¿Es acaso basilisco
la muger? con no mirarlos
de este riesgo me aseguro.
Cel. Ese Señor, es el caso:
¿quién vió unos buenos ojos,
que vuelva la vista á un lado?
su natural atractivo,
su afable trato, su garbo,
su discrecion, (si la tiene)
son, Señor, tantos contrarios
del hombre, que dificulto,
que muchos se hayan librado
desde el tiempo que por ellas
tragó Adan aquel bocado,
que aun está en nuestro garguero
haciéndonos embarazo.
Fel. De todos los que me has dicho,
uno tan solo declaro
que puede ser poderoso.
Cel. Dí quál es, que ya lo aguardo.
Fel. La discrecion puede ser
el mas superior contrario
del hombre, porque sin duda
el entendimiento claro
con su razon siempre vence
á los hombres mas versados;
(que no es fácil á los necios)
y así solamente hallo,
que su entendimiento puede
servirme á mí de contrario;
y puesto que ya hace tiempo
que se ha estado descansando,
á caminar vamos, Celio,
sígueme, que allí te aguardo.
Cel. Allá voy: plegue á Dios,
que de este viage salgamos.
Vanse, y sale Leonor.
Leon. Aquí, donde me convida
lo llano de aquesta selva
al descanso, solicito
aliviar algo mis penas,
y el cansancio, que ocasionan
del camino las molestias:
yo marcho, sin saber dónde,
en busca de aquella fiera,
que cruel pretende acabar
con toda mi parentela.
El cuidado de encontrarla,
no solo me trae inquieta,
sino tambien el peligro,
la ocasion, y contingencia
de que me encuentre mi hermano,
pues quando en casa me dexa,
si ve que no le obedezco,
me ha de dar muerte sangrienta,
por el indecente arrojo,
que una muger de mis prendas
comete en andar caminos

sin

sin decoro, y sin decencia:
qué de errores ocasiona
una resolucion ciega,
una pasion de venganza,
que tanto en nosotras reyna!
Pienso que mejor será
dar á mi casa la vuelta,
que con esto mi peligro
se restaura, ó se remedia.
Esto ha de ser: por aquí
pienso tomar la vereda;
¡pero qué veo! ¡mí hermano!
estatua quedé de piedra.

Sale Felix y Celio.

el. Allí el Lugar se descubre:
ven, Celio, por esta senda;
¡péro qué miro! ¿Leonor
no es ésta, Celio?
eon. ¡Qué pena!
l. Que lo es no hay duda alguna,
ó alguna dueña por ella.
eon. Ya me ha visto: ¡muerta soy!
procure huir su inclemencia.
el. En vano, Leonor, pretendes
librarte de mí: dí, fiera,
¿cómo contra tu decoro,
tu casa, y retiro dexas,
vagando por estos montes,
corriendo por estas selvas?
¿Qué dirá, aleve, de tí
el mundo, quando sepa,
que una muger sola, y moza,
por caminos, y veredas
así desprecia su honor,
así expone su nobleza?
No quise traerte conmigo,
mirando por tu decencia,
¿y al punto que yo me ausento,
de este modo la atropellas?
pero pues ya te he encontrado,
aquí pagarás la ofensa:
muere.
el. Detente, señor.
eon. ¡Ay de mí!, ¿no hay quien defienda
mi vida?
el. Huye, señora.
Fel. Mal podrá.

Sale Don Juan.

Juan. No hay quien defienda
mi vida, dixo una voz
de muger; ¿pués á qué espera
mi brio? *Leon.* Vos, caballero,
ya que os conduce mi estrella
á este puesto, detened
á ese que ofendido intenta
matarme, miéntras que huyendo
por valles, montes, y sierras
aseguro mis temores
de la merecida pena,
á que ha podido exponerme
una resolucion ciega.
Juan. Restaurad, hermosa dama,
el aliento, estando cierta,
que á no matarme primero,
no os hará ninguno ofensa. *Riñen.*
Fel. Vano será vuestro empeño.
Leon. La fuga me favorezca. *Vase.*
Cel. La Leonor ha levantado
una muy bonita gerga:
si no fuera yo gallina,
brava ocasion era ésta
para ayudarle á mi amo;
pero seria indecencia
dos espadas contra un hombre:
pues la mia se esté quieta.
Fel. ¡Que de matarte no acabe!
no ví mayor resistencia.
Juan. Mal sabes el valor mio.
Fel. Sin duda tienes nobleza.
Pues me embaraza este acaso,
sigue tú, Celio, á esa fiera.
Cel. Eso haré de buena gana,
para hacer que no parezca. *Vase.*
Juan. Impedirálo mi brio.
Fel. ¿Cómo, sin que á mí me venzas?
Juan. Volviéndote las espaldas,
tambien siguiéndola á ella,
y de esta manera cumplo,
como ofrecí, su defensa;
pues siendo vosotros dos,
de quienes guardarla es fuerza,
si la buscais divididos,
mal puedo de otra manera. *Vase.*
Fel. Sabréte tambien seguir
para matarme con ella:

espera, traidor, cobarde;
no huyas, hermana fiera. *Vase.*

JORNADA SEGUNDA.

Sale Felix apresurado con la espada desnuda.

Fel. Ahógueme mi misma pena
al ver soy tan desdichado,
que aunque el monte penetré
por asperezas, y llanos,
no he podido tropezar
al que ha impedido, ú estorbado
vengar en mi hermana aleve
el injusto desacato:
ni á él, ni á ella, ni á Celio
ha encontrado mi cuidado:
volveré á correr el monte,
las selvas, el risco, el prado,
hasta lograr mi venganza,
dándoles la muerte á entrambos.

Vase, y sale Doña Isabel de hombre.

Isab. Toda Castilla he corrido
en busca de mis contrarios,
sin hallar noticia alguna
de la senda que han tomado,
despues que de su Lugar,
temiéndome, se ausentáron.
¿Quándo podré, Santos Cielos,
lograr el fin deseado
de concluir mi venganza
en estos crueles villanos,
bebiéndoles la vil sangre?
que no ménos inhumano
sacrificio está pidiendo
mi querido esposo amado,
muerto por la vil traicion
de sus aleves hermanos.
Mi honor me pide lo mismo,
no obstante que no lográron
obscurecerle, pues basta
saber que lo han intentado,
por cuyas causas pretendo,
aun á pesar del cansancio
de tan dilatadas marchas,
no dexar monte, ó poblado,
que no exâmine mi aliento
hasta matarlos á entrambos.
Para asegurar mejor
de mis intentos el blanco,
dexé el trage mugeril,
por éste de hombre, pues hallo,
que en un camino mi honor
está mas bien resguardado
de esta manera, y tambien
con él desmiento el cuidado
de la Justicia, que astuta
va mi persona buscando,
por las muertes que les dí
á Alonso, y Juan, mis contrarios.
En esta verde maleza
pienso dar treguas un rato
á mis penas, miéntras Febo
declina un poco sus rayos,
pues me convida la sombra
de tantos frondosos ramos,
que verdes nubes del Sol
forman zelages opacos,
para que puedan pacer
de su carro los caballos.
Aquí una fuente halagüeña,
de peña en peña saltando,
convida á beber las flores,
que con sediento desmayo
se quejan de los rigores
del caloroso verano.
Las parleras avecillas
aquí con su dulce canto
forman nueva melodía,
gozando el Fabonio grato,
que entre las hojas, y flores
está el compas señalando.
Pero ¡ay de mí! que tambien
advierto entre gozo tanto
una alegre tortolilla,
que á su esposo requebrando,
está avivando en mi pecho
el dolor, con que me hallo
por su desgraciada muerte,
motivo de mis quebrantos.
Aquí:::

Dent. Muera, pues intenta
defenderse temerario.

Isab. ¿Qué rumor es éste, Cielos?

Fel. dent. Haréos dos mil pedazos.

Isab

Isab. Segun puedo divisar,
de este monte en lo intrincado
un Caballero valiente,
con noble desembarazo,
de tres (sin duda ladrones)
se está defendiendo bravo.
No cumpliera con el brio,
con mi honor, ni con mi garbo,
si en tan evidente riesgo
no me pusiera á su lado,
mayormente quando el trage
infunde valor al brazo. *Entrase.*
Felix dentro, y luego salen.
Fel. Los Cielos, sin duda alguna,
os envian á mi amparo.
Dent. Mueran los traidores.
Isab. Mueran.
Dent. voces. El lance ya malogrado,
á la fuga nos precisa;
al bosque, amigos, volvamos.
Salen.
Isab. Pues huyen ya, caballero,
seguirlos no es acertado,
que quizás dentro del monte
tendrán otros emboscados.
Fel. Aunque no fuera por eso,
me precisara á dexarlos
la obligacion de atender
con mi ser, y quanto valgo
á vos, que sin conocerme,
fino, valiente, y bizarro,
para libertar mi vida
os pusisteis á mi lado:
para poderos pagar
un servicio tan del caso,
es fuerza, que otro favor
pretenda de vuestro garbo,
y es, que digais á quién debo
la vida, que en vos restauro.
Quitadme luego esta duda,
que al miraros tan bizarro,
tan galan, tan bien dispuesto,
tan discreto, y cortesano,
juzgo, que Júpiter mesmo,
afable, valiente, humano,
humana forma vistiendo,
ha baxado á darme amparo.
Isab. Yo agradezco, caballero,
que querais tan cortesano,
lo que á vos mismo os debeis,
atribuirlo á mi brazo.
Juzgo, que si os viera Marte
blandir el hierro templado,
aun siendo Dios, rezelara,
le quitarais holocaustos;
pero, en fin, pues que quereis,
como dixe, ser tan grato,
por si teneis que mandarme
en otro asunto mas arduo,
yo me llamo Don Fadrique
Lara Zúñiga y Gonzàlo:
he corrido ambas Castillas
en busca::: pero del caso
no os puede ser què refiera
mis sucesos desdichados.
Fel. Gusto no tendré de oirlos,
siéndolo; pero si acaso
en algo os puedo servir,
Don Diego Alvarez de Castro,
Caballero de Castilla,
espero que vuestro labio
me informe de vuestros males:
mi nombre, y mi patria callo, *Ap.*
por lo que puede importar
al logro de mis cuidados.
Isab. Con el nombre que he fingido,
que estoy mas segura es llano;
y pues el trage tambien *Ap.*
me da mas desembarazo,
para obligarle á seguirme,
le diré, sin hablar claro,
la causa de mi dolor,
y orígen de mi quebranto,
que no sé por qué motivo
me alegré de ver su garbo.
Fel. ¿En qué os deteneis?
Isab. De todo quiero informaros,
ya que quereis escucharme.
Mi patria, amigo, es Buytrago,
la causa de mi viage
es el vengar un agravio,
que dos traidores me han hecho,
matando á un deudo cercano,
que tenia: perdonadme,
si me enternezco al contarlo,
que hace su oficio el amor,

con que nos queriamos ambos.
Matáronle (como os dixe)
alevosos á mi lado,
y no contentos con esto,
despues contra mí intentáron
injurias, que no pudiéron,
arrojos, que no lográron;
pero informaros de todo
quiere, amigo, mas espacio;
y pues ya declina el sol,
(si os pareciere acertado)
á ese cercano Lugar,
que desde aquí divisamos,
nos podrémos retirar,
para descansar un rato:
en él os referiré
lo que falta, y miéntras tanto,
sabed aquí solamente,
que los que me han agraviado
ya estan muertos á mi acero:
que fuera en mi honor reparo,
que sabiendo ya mi ofensa,
no supierais la he vengado.
Vamos.

Fel. Perdonad, Fadrique,
que no puedo acompañaros,
pues aunque pierda la vida,
quiero valiente, y arrestado,
penetrar de nuevo el monte:
que si vos estais vengado,
yo no, y dentro de él se hallan
una aleve, y un tirano,
á quien es fuerza que busque,
Fadrique, para matarlos.

Isab. Pues siendo de esa manera,
no penseis que he de dexaros,
que si hoy la vida os he dado,
tambien os debo ayudar
á vengar vuestros agravios,
que la vida sin honor
no es tesoro para dado;
pero decidme, Don Diego,
¿una aleve, y un tirano,
no dixisteis vos, que son?

Fel. Es cierto.

Isab. Penas, á espacio. *Ap.*

Fel. ¿Por qué lo extrañais?

Isab. Por nada:
¡pluguiera á los Cielos! Vamos.

Fel. Vuestra fineza agradezco
en querer ir á mi lado.

Isab. Pues no hay para qué, Don Diego,
que desde que os he escuchado,
que hay muger en vuestro lance,
si quereis que os hable claro,
os sigo de mala gana.

Fel. Es vuestro dictámen raro:
¿tanto temeis las mugeres?

Isab. No, Don Diego, me da enfado
que no haya lance ninguno
sin mugeres. Yo no alcanzo *Ap.*
la causa que me da pena
de ver á este hombre empeñado
con otra.

Fel. Si lo sentis,
yo no quiero disgustaros:
solo iré: quedad con Dios.

Isab. Ya mi palabra he empeñado;
con vos he de ir, Don Diego.

Fel. Creed que siento cansaros.

Isab. Atravesemos el monte.

Fel. Cálmense en él mis cuidados,
vengando en los dos traidores *Ap.*
este cruel sobresalto,
para que pueda despues,
á Doña Isabel buscando,
matar tambien al aleve
que la viene acompañando. *Vase.*

Isab. Entre diversas pasiones
padezco cruel naufragio;
pero seguir á Don Diego
determino en todo caso. *Vase.*

Sale Leonor.

Leon. Huyendo, sin saber dónde,
de la furia de mi hermano,
he corrido todo el monte,
en mi muerte tropezando.
¿En qué pararia, Cielos,
el empeño en que he dexado
á aquel hombre, que por mí,
valiente, altivo, y gallardo,
su vida expuso? Parece
que aquí cerca suenan pasos:
¿si será mi hermano? ¡Ay, Cielos!

Sale Don Juan.

Juan. Aquella muger buscando,

que me empeñó en su defensa,
he corrido monte, y prado:
infeliz soy, si la pierdo,
pues su riesgo no restauro;
pero ésta es: ¡albricias, alma!
Leon. ¿No es éste el que me ha librado?
él es: ¡dichosa he sido!
Pero, Cielos, ¿si mi hermano
acaso perdió la vida?
¡rezelo cruel, é inhumano!
Juan. Decidme:::
Leon. Decidme vos,
¿en qué aquel lance ha parado,
en que por favorecerme
os he dexado empeñado?
Juan. En que los dos, que querian
ofender lo celebrado
de tu singular belleza,
para lograrlo á su salvo,
á pesar de mi defensa,
divididos se empeñáron,
el uno en hacerme frente,
y el otro en ir á buscaros:
yo, viendo vuestro peligro,
para hallarme á vuestro lado,
le volví astuto la espalda,
para ser primero á hallaros,
y defenderos de entrambos
en el caso que os encuentren;
y pues todo lo he logrado,
en veros en este sitio
nada os pueda dar cuidado.
Leon. Yo estimo vuestra fineza;
mas ya que está tan cercano
ese Lugar, caballero,
bien podeis aquí quedaros,
que en él podré asegurar
mis sustos, y sobresaltos.
Juan. No me digais que me quede,
pues ya me miro empeñado
en ir con vos al Lugar,
ó adonde quiera que vamos:
Caballero soy, señora,
bien podeis de mí fiaros,
que os serviré tan atento,
político, y cortesano,
que hasta de mis pensamientos
doy palabra de guardaros.
Leon. Esa palabra os recibo,
y en fe de ella, vuestro amparo
admito. *Juan.* Segura estais.
Leon. Hallándome ya en el caso *Ap.*
de que mi hermano pretende
colérico, é irritado
darme la muerte, imagino,
que conviene á mi resguardo,
que me acompañe este hombre,
miéntras depone lo airado;
y si he decir verdad,
no he sentido el encontrarlo.
Juan. No se qué nuevo desvelo, *Ap.*
desasosiego, ó cuidado,
se ha introducido en el alma
despues que he visto su garbo,
que de Isabel la belleza
va en mi memoria borrando.
Leon. Ya que seguirme quereis,
por este camino vamos.
Despacio, cuidados mios, *Ap.*
mirad el riesgo en que estamos
de que el agradecimiento
pise la línea de agrado. *Vase.*
Juan. Amor, si ésta es nueva pena,
dame tu favor, y amparo,
sepa una vez ser dichoso
quien fué tantas desdichado. *Vase.*

Salen Don Felix, y Celio.

Fel. ¿Qué dices, Celio? (¡ay de mí!)
¿no pudiste oir, ni ver
dónde mi hermana se oculta,
ni aquel aleve, é infiel,
que dexó la lid pendiente,
para seguirla tambien?
¿No corriste tras de entrambos?
¿Pues cómo, dí, puede ser,
que no los vieses? *Cel.* Señor,
lo espeso del monte ves,
¿y te causa admiracion
que los llegase á perder?
Vive Dios, que el encontrarlos
agazapados en él,
es obra dificultosa
para un podenco, ó lebrel:
¿con que á tí, señor, por poco
te quitan allá la piel
los gatos, que en aquel monte

te saliéron al traves?

Fel. Robarme, y matar quisiéron,
y estuvo por suceder
uno, y otro, si no fuera
por un hombre, que fiel,
poniéndose al lado mio,
restauró el riesgo cruel.
Dice se llama Fadrique
de Lara y Zúñiga, y es
hombre de insigne valor,
galan, valiente, y cortes:
vino conmigo hasta aquí;
en el Meson le dexé
para salirte á buscar.

Cel. Tu fortuna grande fué
en hallar quien te amparara
de tanto gato montes.

Fel. Antes guardarme la vida
creo que crueldad fué,
para que pueda sentir,
y sin morir padecer
tantos injustos agravios
como fomenta Isabel,
como ocasiona Leonor,
y aquel tirano cruel,
que la libró de mis iras.
Dí, Celio, ¿qué puedo hacer
cercado de tantas penas?

Cel. Tener paciencia, y comer,
pasearte bien, y dormir,
que Leonor, á mi entender,
ya se habrá vuelto á su casa,
pues lo que la traxo fué
solamente la camorra
de la maldita Isabel,
y su galan, que á los dos
nos hacen andar qual ves.
El miedo la hizo escapar
de tí: no tienes por qué
temer de Doña Leonor
el injusto proceder:
lo demas se compondrá,
si se puede componer;
y para que te diviertas
un poco, oye, y te diré
lo que aquí me ha sucedido
despues que sin tí llegué.

Fel. ¡Denme treguas mis pesares!

Cel. Habiendo corrido bien
por hacer lo que mandaste,
sin que me sirva el correr,
pues Leonor se agazapó,
yo no sé dónde, ni en qué:
llegué, señor, al Lugar
con una hambre, que á mí ver
se las podria apostar
á la de un Conde, ó Marques,
que con título de Anillo
es su renta el no comer:
para llenar mi gazuza,
que me iba dando cordel,
comí puercamente mal,
pagué limpiamente bien,
que son las dos circunstancias,
que en las posadas se ven:
salime despues á andar
por el Lugar, y encontré
una Serrana, Señor,
de éstas que en el Lavapies
suelen llamar de chupete,
para encarecerlas bien:
ella tiene un zarandillo,
un meneo, ó no sé qué,
que á mí con ser un salvage,
por poco me hizo caer.
Para informarte mejor,
pintarla quiero esta vez,
sin valerme de diamantes,
oro, plata, que á mí ver,
dama de estos minerales,
pareciera Lucifer.
Era su pelo algo rubio,
y blanco un si es, ó no es,
que si fuera todo roxo,
Judas pleytara por él.
Su frente proporcionada,
nada fosca, ni cruel,
espaciosa, y sin arrugas,
que en la frente suelen ser
unas señales seguras
de mal genio en la muger.
Ojos grandes, niñas negras,
que éstas son á mí entender,
las que se llevan la palma,
no verdes, ni gris de fer:
que niñas de estos colores

en los gatos estan bien.
Negras cejas les servian
de tapete, ó de dosel;
y era de ver quál lucian
sobre su cándida piel.
La nariz era afilada,
sin que tuviera que ver
con Roma, ni con Vizcaya,
pues corta, ni larga fué.
La boca un poco pequeña,
sin que fuera menester
fruncirla, como lo hacen
unas viejas, que yo sé.
Sus labios en el color
eran un roxo clavel,
sin hacerla las dobleces,
que hacen sus hojas en él.
Los dientes eran menudos,
y de perfecto nivel,
sin que tuviera el algofar
que hablar allí, ni que hacer,
Las mexillas sonrosadas,
aunque en estilo cortes,
pues dexaban que asomase
de su blancura la tez.
Su cuello no era cigüeña,
ni tampoco enano es,
en medio de ambos quedó,
para mejor parecer.
Su talle del mismo modo,
ni largo, ni corto fué,
abiendo que los extremos,
nunca han parecido bien.
Aquí cesa la pintura,
que no me quiero meter
n pintar lo que no ví,
que no es razon que el pincel
e meta aquí á descubrir
o que ocultaba cortés
l pañuelo, y la costilla,
elantal, y guardapies.
nformémе en la posada
e quién era esta muger,
no me diéron razon:
uego, señor, te busqué,
ara que vamos á verla,
ara probar, para ver,
se alivian tus pesares,
ó se entretienen tal vez:
que no hay remedio mas útil,
segun llego á comprehender,
para borrar una pena,
como una hermosa muger.

Fel. Tanto me la has ponderado,
Celio, que ya la veré,
para mirar si confronta
su beldad con tu pincel,
y haré treguas al pesar,
si es que en él las puede haber.
Vamos, Celio, que á Fadrique
tengo que buscar despues;
y te advierto, que mi nombre
es Don Diego para él,
que por no ser conocido,
el mio de Felix callé.

Cel. De todo quedo enterado.
Vamos, que yo la dexé
á la dicha en esta calle:
verás, señor, qué muger. *Vanse.*

Sale Doña Isabel vestida de Serrana.

Isab. A no experimentar hoy
en mí de Amor el poder,
de su grandeza dudara,
no tuviera fe con él:
ahora penetro la causa
por qué le pintan tal vez
ciego; y es porque vendado
adora sin saber qué.
Ahora he comprehendido ya
la razon que puede haber
en decir, que son de fuego
sus armas; pues veo que
solo tardan en herir
lo que se tarda en un ver.
En mí pecho, (¡ay infeliz!)
todo lo experimenté,
pues luego que á Diego ví
á su talle me incliné,
ciega le empecé á dorar
ántes de saber quién es.
Rayo ha sido para mí
de sus voces lo cortés,
por cuya causa abrasada,
rendida á su gentiléz,
para obligarle á mi amor,
de hombre el disfraz dexé,

pa-

para hacerme encontradiza,
en hábito de muger,
al estilo que acostumbran
en este pais, para ver
si quien me ama por Fadrique,
me ama por dama tambien.
Pero ¡ay loco desvario,
tirano amor, y cruel!
¿para qué has de emprender, dí,
lo que luego ha de volver
en sentimiento mayor,
en mas duro padecer,
si contemplas, que me dixo,
quando le libré fiel
del peligro en que le ví,
que en busca de otra muger
andaba triste, y zeloso?
Pero puedes responder,
que lo ciego del Amor
en esto se echa de ver,
que el que mira inconvenientes,
muy poco llegó á querer.
Salen Don Felix, y Celio.
Cel. La muger que te he pintado,
señor, es esa que ves.
Fel. Ahora, Celio, reconozco,
que quedó corto el pincel:
¡un asombro es de hermosura!
Isab. Cielos, ¿no es Don Diego aquel?
ya en mí ha hecho reparo:
válgame, Amor, tu poder.
Cel. Díle algunos arrumacos,
si te parece tan bien:
desecha un poco el pesar,
que yo tambien voy á ver,
por no hacerte mala obra,
si me puedo entretener. *Vase.*
Fel. ¡De Fadrique es un retrato
la peregrina muger!
Isab. ¡De Adonis es semejanza
en lo gentil, y cortés!
Fel. ¿Si me atreveré á hablarla?
¿pero en qué me paro, en qué?
Bellísima Labradora,
honor de aqueste orizonte,
¿eres Diana de este monte,
ó de estos valles Aurora?
Pero mal dixe, señora,
perdona el rudo concepto,
que si reparo al efecto
de tan ardiente arreból,
erré en no llamarte Sol,
que es tu debido epitecto.
¿Dónde tan sola, y tan bella
caminas tan de mañana?
aunque siendo Diosa humana
te acompañará tu estrella;
pero ninguno ha de vella,
porque si bien se repara
en el primor de esa cara,
que al mismo Sol le dá enojos,
fué fuerza que al ver tus ojos,
toda Estrella se ausentara.
Isab. Atordida he estado oyendo
(para conformarme así *Apa*
con el trage que vestí,
fingirme ruda pretendo)
vuestra voz, y no la entiendo:
discretazo cortesano,
¿no me veis patas, y mano,
cara, y sayo de moger?
pus ¿cómo podeis creer,
que so Estrella, ó Dios humano?
Es cierto que el otro dia
el Barbero del Logar,
hombre, que en relacionar,
se llas apuesta á mi tia,
alcanzó por Cerugía,
que yo era linda, y hermosa:
(ahí es nada) como rosa,
pero no como Doñana,
ni esotra Aurora, ó manzana,
que dixo aquí vuestra prosa.
El Albeytar de lla Villa,
que es Teolŏgo afamado,
y diz que está enamorado
de mí hasta lla tetilla,
viéndome un dia en cotilla,
por decirme un resquebrazo,
sos de llas flores un mazo,
(dixo) entre ballenas puesto;
pero con todo, yo apuesto,
que sois vos mas llatinazo.
Fel. Además de ser hermosa,
tienes gracia singular:
tu llama me hace cegar,

como simple mariposa.
¿Qué importa, muger preciosa,
que te hagas desentendida
á la aclamacion debida,
que tu belleza merece,
si de mirarte adolece
el alma, de Amor rendida?
ab. ¿Acaso soy peste yo,
ó Basilisco cruel,
que el Cura hablándonos de él
diz que con mirar mató?
l. No sois, Labradora, no,
tan simple, como os haceis:
conozco que me entendeis,
y que al mirarme abrasado,
quereis burlar mi cuidado
con el chiste que teneis.
ib. Si tan abrasado está,
etórico caballero,
por qué con paso ligero
icia el rio no se vá?
llí se refrescará,
i es que tiene callentura:
sí diz que lo hace el Cura,
quando le aflige el calor,
y vuelve que es un primor
entar despues su frescura.
l. Quien mira en tu hermosa mano
crisolada la nieve,
on ella á templar se atreve
ncendio tan inhumano.
b. Teneos, que al Cerujano
olo, hermano, se lla doy,
eso quando mala estoy,
ue lla muger, si es honrada,
olo al querer ser casada
a da al novio hoy por hoy.
l. Ese es extraño rigor:
tanto desden gastais,
por qué, decid, obligais
on tal violencia al Amor?
b. ¡No he visto chiste mayor!
No me habeis visto jamas,
quereis, sin mas ni mas,
acerme creer de repente,
ue me amais adredemente?
os sois mas tonto que Brás.
l. ¿No sabeis, que para amar,
un solo momento basta?
rayo es Amor, que contrasta
el mas remoto lugar:
no teneis, pues, que admirar,
que rindan mi corazon
rayos, que tan bellos son;
que si bien se considera,
aun el mismo Amor rindiera
á ellos sus flechas, y harpon.
En mí concurren tambien,
á mas de vuestra belleza
para amaros con firmeza
motivos, que me estan bien:
pues en vos mis ojos ven
un verdadero retrato
de un fiel amigo, que grato
ayer mi vida libró:
con que á no adoraros yo,
no hay duda que fuera ingrato;
pero si bien lo reparo,
aunque os pareceis los dos,
no juzgo que es como vos,
tan tirano, ó tan avaro,
pues de él recibí el amparo
de mi vida perseguida;
pero vos, bella homicida,
aunque fallecer me veis,
con vuestro desden creceis
los martirios á mi herida.
Isab. Pues acabarais ya
de descobrir lla razon
de ese amor: en conclusion,
segun yo comprehendo acá,
vos me quereis, claro está,
porque yo só parecida
al que os ha dado lla vida?
pus idos en hora mala,
que aunque so pobre zagala,
por mí quiero ser querida.
Fel. Pues que os perjudica aquí,
que os ame, por dos razones,
si se doblan ocasiones,
mas os vengo á amar así.
Isab. Sepa de vos para mí,
siquiera para consuelo,
cómo se llama el mozuelo
que os sacó de aquel despique.
Fel. Es su nombre Don Fadrique,

de vos un vivo modelo.
Isab. Pus ese es un Caballero
de Buytrago natural,
y es primo mio carnal:
¿vos, señor, segun infiero,
sos aquel faramallero,
que de lladrones libró?
Fel. ¿Quién tal noticia te dió?
Isab. Ese primo, que has nombrado.
Tambien diz que enamorado
de otra, que te lla pegó,
porque con otro se ha ido,
de puro zeloso, loco,
andas haciéndola el coco:
todo, amigo, llo he sabido;
y pus yo jamas he sido
suple faltas de nenguna,
busque luego su fortuna,
no se quiebre lla cabeza,
que no se hizo mi firmeza
para amantes de la tuna.
Fel. Esa sospecha zelosa
pudiera satisfacer,
con que llegueis á saber,
que no os importa á vos cosa
la muger, que mi rabiosa
cólera viene siguiendo;
pero al oiros entiendo,
que Fadrique entendió mal
mi dolor.
Isab. No hay tal, amigo, no hay tal,
que yo tambien llo comprendo,
sé que vos me estais mintiendo,
no entiendo de mas folías:
quedaos á buenos dias.
Fel. Mirad que os he de ir siguiendo.
Isab. Que sois loco voy creyendo:
á lla otra podeis buscar.
Fel. No teneis, no, que porfiar,
quando os adoro á vos sola.
Isab. ¿Quereisme hacer lla mamola?
no me lla habeis de pegar.
Se quedan hablando, y sale D. Juan.
Juan. Despues que ví aquella dama,
mi corazon no sosiega:
¿pero qué miro? ¡ay de mí!
¿Esa muger, esa fiera,
que con un hombre está hablando,
no es Isabel? ¿hay mas penas?
¿pues qué aguardan mis rigores,
mis enojos á qué esperan,
que no vengan de mis zelos
tan no esperadas sospechas?
¿Caballero? *Fel.* ¿Qué mandais?
Juan. Ninguno tiene licencia
para hablar con esa dama,
á ménos de que pretenda
morir. *Fel.* Sino yo, que quiero...
Isab. ¡Ay de mí! *Fel.* Daros la pena
de vuestra loca arrogancia;
y pues, segun vuestras señas,
sois el mismo que este dia,
para que á otra no siguiera;
me acuchillasteis soberbio,
vengaré entrambas ofensas.
Juan. Huélgome, que vos seais,
para que hagais experiencia,
que el huir de vos entónces, *Riñen.*
no fué porque miedo os tenga.
Isab. ¡Que viniese á tan mal tiempo
Don Juan! pero como pueda
mudar el trage, yo haré
se desmienta su sospecha. *Vase.*
Fel. ¡Que tanto tarde en matarte!
Juan. ¡Que tanto te me defiendas!
Fel. Herido estoy, (¡ay de mí!)
y siendo en la mano derecha,
no es posible que maneje
la espada: ¡terrible pena!
Juan. Vete á curar al Lugar,
que luego que convalezcas
nuestro duelo seguirémos.
Fel. Dame la muerte, ¿qué esperas?
Juan. Nunca se venga en rendidos
el que de noble se precia:
en curándote la herida,
nos verémos donde quieras.
Zelos, vamos á sentir
las mudanzas de Isabela;
aunque ya desde que ví
aquella nueva belleza,
es muy ligera la herida,
es muy suave la pena! *Vase.*
Fel. Yo os buscaré: ¡ay de mí!
y qué cruel es mi estrella,
pues unió contra mi pecho,

sobre cúmulos de ofensas,
para maltratarme mas,
amor, zelos, y sospechas. *Vase.*

JORNADA TERCERA.

Sale Doña Isabel de hombre, Don Felix, y Celio.

Isab. Don Diego, ¿qué me decis?
Aquel breve, y corto tiempo,
que estuve ausente de vos,
tuvisteis tantos sucesos?
Fel. Sí, Don Fadrique, y creed,
que aunque admirarme pudiéron
todos, me suspendió el ver
lo parecida en extremo
que es á vos la labradora,
que os he dicho: sus acentos,
sus palabras, sus acciones,
su talle, cara, y gracejo
son vuestros de tal manera,
que yo, Don Fadrique, pienso,
que semejante prodigio
los antiguos no le viéron;
y si la cólera mia,
por un desgraciado encuentro,
permitiera á mi memoria
su belleza encareceros,
os diria, que es tambien
de la hermosura un portento.
Isab. Al fin oygo mi alabanza, *Ap.*
sin que se mezcle el rezelo
de las lisonjas. Su garbo
ponderais con tanto extremo,
que ya en mi pecho tambien
dispertasteis el deseo
de mirar esta belleza:
que al fin si nos parecemos,
de la senda del agrado
nos hallamos poco léjos,
que siempre la semejanza
ha sido madre de afectos.
Fel. Bueno es, señor Don Fadrique,
que vengais á mí con eso,
quando la dama que nombro
tiene con vos, quando ménos,
el parentesco de prima.
Isab. ¡Jesus, y qué desacierto!
prima mia, ¡quando yo
en todo el mundo la tengo!
¿quién os dixo tal error?
Fel. Fadrique, su labio mesmo:
no teneis, no, que fingir,
que mal puede ser incierto
sois su pariente, y tambien
qué la habeis visto; y lo pruebo,
en que ella me dió razon,
no solo del Lugar vuestro,
sino tambien de apellido,
y nombre; para que hablemos
con claridad, Don Fadrique,
(haberlo de decir siento)
me ha referido ella misma,
que vos fuisteis en efecto
quien me libertó valiente
en el monte de aquel riesgo,
sin que dexara en olvido
lo que os referí en secreto,
de que seguia á una dama;
pero dexémonos de esto,
y vamos á que no podia
sin vos, Fadrique, saberlo.
Isab. Haréis que pierda el juicio
con semejante embeleco.
Os juro por vida mia,
que yo tal prima no tengo,
que con tal muger no hablé
ninguno de esos secretos.
El tiempo que me aparté
de vos, que fué corto tiempo,
anduve por el Lugar
viendo sus plazas, y Templos.
Volví al Meson á buscaros,
sin tener ningun encuentro,
ni hablar á persona alguna:
Don Diego, podeis creerlo.
De este modo le confundo, *Ap.*
pues aunque busque argumentos,
con no conceder ninguno,
en su duda le mantengo.
Fel. O ya estoy loco, Fadrique,
ó quereis que llegue á serlo:
¿es posible que negueis
un hecho tan manifiesto?
Cel. A mí tambien me parece

que tiene razon Don Diego:
si acabado de llegar
has tenido ese tropiezo
con la Serrana, que ha sido
causa de que macilento,
y herido vuelvas á casa,
(que esto es lo que recogemos
de andarnos tras de bonitas)
¿en qué lugar, ó en qué tiempo
la habia de hablar Don Diego?

Fel. Calla, Celio, no pretendas,
que apurado el sufrimiento,
haga que pagues aquí
el disgusto, que yo tengo.

Cel. No pienso hablar mas palabra,
que los amos (caso es cierto)
despican con los criados
el mal humor de su genio.

Isab. Estad, Don Diego, seguro,
que os hablo sin fingimiento:
esa Serrana, sin duda,
por algun extraño medio
supo mi nombre, y mi patria,
y tambien vuestros sucesos,
y por enredaros dixo,
que de mí llegó á saberlos:
¿qué se ha hecho esa muger?
busquémosla los dos luego,
y veréis como es verdad,
que todo es un puro enredo.
Vamos. *Fel.* Es buena porfia,
y aun extravagante empeño:
¿cómo quereis que yo encuentre
esa muger, quando es cierto,
que ignoro dónde reside,
si es de éste, ó de otro Pueblo?

Isab. ¿Y por qué no la seguisteis?

Fel. Por el casual empeño
de un forastero, que airado,
de enojo, y cólera ciego,
viendo que conmigo hablaba,
contra mí esgrimió el acero:
reñimos los dos valientes;
pero el hado, siempre opuesto
á mis dichas, esta herida
me hizo sacar de este duelo,
que aunque pequeña, bastó
á que quedara suspenso:
desayre, que me ha costado
mas dolor, mas sentimiento,
que si perdiera la vida
á la crueldad de su acero.
En este lance la dama
se fué de entrambos huyendo:
yo quedé con mi contrario
en que los dos nos busquemos
luego que convaleciera;
y pues ya lo logré, quiero
ver dónde puedo encontrarle
para acabar este empeño,
y otro, que tengo con él
por otra causa suspenso.

Isab. Entretenerle me importa, *Ap.*
para embarazar su riesgo.
Ahora, Don Diego, no extraño
semejantes embelecos:
muger, que hablando con uno,
ya tiene á otra en acecho,
me lleve Dios á los Cielos,
si no fuese una embustera,
y quizás corto me quedo.
Con hablar así de mí, *Ap.*
sus sospechas desvanezco.

Fel. Una cosa es, Don Fadrique,
que estándoos aquí oyendo,
pierda, como ya os he dicho,
el juicio, y entendimiento,
y otra, que vos agravieis
con ese indigno concepto
á la dama de que hablamos:-

Isab. Gracias á mi fingimiento: *Ap.*
¿habrá gusto semejante?

Fel. Que aunque noticia no tengo
de su calidad, y sangre,
noble, y virtuosa la creo,
sin que concurra mas causa,
que su semblante; pues pienso
dispone la Providencia
sea rasgo manifiesto
el malo de la maldad,
y de la virtud el bueno.

Isab. Perdonad, si os disgusté,
que yo emendarme prometo,
pues ya de vuestras razones,
Don Diego, voy coligiendo,
que la Serrana se ha entrado

por

por medio de vuestro pecho.
Fel. Si os he de hablar con verdad,
Fadrique, no hay duda en eso.
Isab. Albricias, amor. ¿Hay mas *Ap.*
de que los dos procuremos
buscarla con diligencia?
pues por imposible tengo
que en este Lugar, ó en otro
no la encontremos, Don Diego,
y mas si nos separamos,
distintas sendas siguiendo:
que si á mí es tan parecida
como me decis, no puedo
engañarme, si el acaso
me la pusiese al encuentro:
en este mismo Lugar
juntarnos despues podemos
á darnos mutua razon
del éxîto de este empeño.
Fel. Así sea, Don Fadrique;
pero primero pretendo,
buscando al contrario mio,
vengar la herida que tengo.
Isab. Dexadlo para mañana.
Fel. ¿A vos, qué os importa esto?
Isab. A su tiempo os lo diré.
Fel. En todo he de obedeceros.
Isab. Vamos, pues; pero tened,
(asegure así mis zelos)
¿no me dixisteis ayer,
que vos veniais siguiendo,
no sé si amante, ó zeloso,
una dama? Yo sospecho,
que si despues la encontraseis,
y os miraseis satisfecho,
que el amor de la Serrana
se desvanezca en el viento,
pues siempre al segundo amor
hace ventaja el primero.
Fel. Nada de eso rezeleis,
que la que iba yo siguiendo
no era mi dama, Fadrique,
ni es dable que pueda serlo. *Vase.*
Isab. Está bien, el Cielo os guarde.
Albricias, Amor, pues vemos
casi cierta la victoria
á que aspiran mis deseos.
¡O bien hubiese el disfraz,
que ha logrado á mis desvelos
saber que ya corresponde
á mis caricias Don Diego!
Pero esta dama que sigue,
aun altera mi sosiego,
dudando si en este asunto
me está engañando, ó mintiendo.
El modo de asegurarme
es ver, si acaso de Celio
puedo saber de una vez
lo que hay aquí de misterio.
Celio, á mí me importa saber,
qué dama es la que á Don Diego
le cuesta tantos cuidados:
yo sabré guardar secreto
de modo, que nunca alcance
que de tí pude saberlo;
y si dices la verdad,
te pagaré con exceso.
Cel. Rebentando estaba ya
para contar este cuento,
que faltara á ser criado,
si no estuviera dispuesto
á contar, siempre que ocurra,
de mis amos los secretos.
Si ántes me lo preguntaras,
no te costara el dinero;
pero pues ya lo ofreciste,
venga la mosca, y parlemos.
Isab. Veinte doblones cabales
en esta bolsa te ofrezco.
Cel. No hay criado, que haya hablado
en su vida á tanto precio:
de todo te daré cuenta.
Isab. Empieza, que ya te atiendo.
Cel. Lo primero, Don Fadrique,
que has de saber de mi cuento,
es, que Don Diego de Castro,
ese á quien estoy sirviendo,
no se llama así, sino::-
Isab. ¿Qué? *Cel.* Don Felix de Toledo.
Isab. ¡Qué es lo que escucho! ¡ay de mí!
¿Eso que dices es cierto?
Cel. Como dos, y tres son cinco.
Isab. ¿Pues cómo (¡mortal estoy!)
dixo llamarse Don Diego?
Cel. Don Fadrique, el caso es ese:
mudó el nombre con intento

de buscar á cierta dama,
cuyo nombre, si me acuerdo,
es Isabel, (malos lobos
merienden hoy con su cuerpo,
pues es ella quien nos trae
por cerros, y vericuetos)
que acompañada de un hombre,
galan, marido, ó cortejo,
(que hay muy poca diferencia
de uno á otro en estos tiempos)
mató á dos hermanos suyos,
porque tiranos, y fieros
le matáron á su esposo,
segun dice, con intento
de sobstituir el oficio,
que en ella tenia, ellos.
No contenta aquesta dama
con vengar, señor, su entuerto
en los dos que lo intentáron,
nos remitió un mensagero
á casa, para decirnos
que con el sepulturero
nuestro entierro se ajustara,
pues quiere sin cumplimiento
matarnos, sin dexar rastro
de la sangre de Toledo.
Con esta noticia, al punto,
para evitar tanto riesgo,
dispuso el irla á buscar,
su patria, y nombre fingiendo;
dexóse en casa á su hermana
Doña Leonor de Toledo;
pero luego que nos fuimos,
picada, segun yo pienso,
de que sea una muger
quien nos echó tantos fieros,
emprendió viage tambien
para quitarla el pellejo.
Encontróse con Don Felix,
el que enojado, y colérico
de que mirase tan poco
por su honor, y su respeto,
procuró darla la muerte:
se atravesó un majadero
á librarla, que no falta
para estos lances un necio,
que por librar una dama
exponga así su pellejo:
ella con esto afufó,
y aunque yo la fuí siguiendo,
no la hemos visto despues;
y aquí finaliza el cuento,
por el que tú sabes ya,
á costa de tu dinero,
quien es la dama que sigue
Felix, con nombre de Diego,
y lo que nos hace andar
como Andantes Caballeros:
si alguna otra cosa dudas,
pierde, Fadrique, el rezelo,
que como yo no la ignore,
has de quedar satisfecho;
porque se me hace conciencia,
por tan ligero secreto,
y tan corta relacion,
llevarme tanto dinero. *Vase.*

Isab. ¿A quién sucedió jamás
lo que me está sucediendo?
Yo, que he dexado mi patria,
y he abandonado mis deudos,
sin reparar en peligros,
sin hacer caso de riesgos,
á fin de vengar sangrienta
en Don Felix de Toledo,
y Doña Leonor su hermana,
el rencor, el odio fiero,
que tengo contra su sangre
desde aquel infeliz tiempo
en que aleves sus hermanos,
con la muerte de mi dueño
intentáron de mi honor
hacer bárbaro trofeo:
yo, que á mirar á mi esposo
difunto cadáver yerto,
juré no embaynar la espada
hasta derribar al suelo
quantas vidas alentasen
con la sangre que aborrezco:
yo en fin, que de Don Juan
he permitido el cortejo,
mas para que me ayudara
al logro de mis intentos,
que no porque le estimase
para mi esposo, ó mi dueño:
he llegado á enamorarme
(¡con que rubor lo refiero!

de

de Don Felix, que creí
ser, con nombre de D. Diego,
digno objeto de mi amor,
de mi pasion digno objeto?
Yo he hecho indigna traycion
á mi patria, y á mis deudos,
de mi esposo á la memoria,
y de Don Juan al afecto,
es verdad; pero si errada
caí en tanto desacierto,
recupéreme advertida,
ya que llegan á buen tiempo
las luces de el desengaño,
y avisos de entendimiento:
salga, pues, del corazon
esta pasion, este fuego,
que apoderado del alma,
á todas está venciendo:
siga mi noble venganza,
vengue mi difunto dueño,
muera á mi acero Don Felix,
pague en agradecimientos
las finezas de Don Juan;
no digan de mí los tiempos,
quando se cuente esta historia,
si tanta pasion no venzo,
que en vano es querer venganzas,
si Amor se pone por medio. *Vase.*

Salen Doña Leonor, y D. Juan.

Leon. En vano os cansais, Don Juan:
no ha faltado quien me cuente,
que ayer por una Serrana
reñisteis cruel, y valiente;
y asi, pues tales cuidados
desasosegado os tienen,
no teneis, digo otra vez,
que hablarme miéntras viviere.

Juan. Si supieras, Leonor bella,
quán poco en esto te ofende
mi amor, ten por cosa cierta,
que fueras ménos rebelde.
La dama por quien reñí,
si quieres que lo confiese,
es cierto, que en algun tiempo
algunos afectos leves
le debió á mi inclinacion,
por lo que pude atreverme
á venirla acompañando
desde su Lugar á aqueste;
pero habiendo conocido
con el trato sus crueles
desarregladas pasiones,
que á las venganzas la impelen
aun mas allá de los límites,
que les prescribe la muerte,
poco faltó á que el afecto
en odio cruel se trueque.
El reñir por ella ayer
corto cuidado merece,
pues basta haberla querido,
sea del modo que fuese,
para que al verla con otro
mi cólera se destemple.
En fin, hermosa Leonor,
no sé que pueda ofenderte
que otra aficion me llevara
antes de llegar á verte.

Leon. ¿Qué escucho, Divinos Cielos? *Ap.*
En esta dama convienen
de Isabel todas las señas:
¿qué seria si ella fuese?
Sin darme por entendida,
ántes que de aquí me ausente,
haré por averiguarlo;
y en caso que se evidencie
la sospecha, lograré,
dándola altiva la muerte,
vengar mi sangre ofendida;
y quando la fama cuente
á mi hermano este suceso,
conseguiré fácilmente
su perdon, quando repare
que le he vengado valiente.

Juan. Mi satisfaccion, Leonór,
muy poco contigo puede,
pues ni una sola palabra
ha conseguido deberte.

Leon. No soy yo muger, Don Juan,
tan simple, ó tan inocente,
que tan frívolas disculpas
basten para convencerme.
Buscad, Don Juan, esa dama,
que pues sentis la festejen,
no hay duda que de su amor
aun viven en vos calientes
las cenizas, y aun quizás

de

de su Vesubio la ardiente
llama, que á no ser así,
tengo por cosa evidente,
que no tuvierais vos zelos,
que efectos son puramente
del amor, y sin la causa
efectos haber no puede.
Bien pudiera yo decirlo *Ap.*
si á la voz le permitiese,
que declarase el incendio
de que mi pecho adolece,
rezelando que Don Juan
por otra dama me dexe;
y hasta asegurarme bien
de estas sospechas crueles,
y de si es Doña Isabel
mi enemiga la que viene
con Don Juan, no he de mirarle,
no he de hablarle, no he de verle. *V.*

Juan. Irritada va Leonor,
seguirla mi amor resuelve,
para templar sus enojos,
para ablandar sus desdenes.
¿Qué dirias, Isabel,
si esta mudanza supieses?
¿Pero qué digo? no es ella
la que mudable, y aleve
ayer con el forastero
con disfraces indecentes,
hablaba, ofendiendo fiera
mis finas ansias corteses?
Pues pruebe el mismo veneno,
quando mirare impaciente,
que pues me dexa por otro,
que yo por otra la dexe. *Vase.*

Sale Doña Isabel de muger como en la primera Jornada.

Isab. Esto ha de ser, valor mio:
á Felix he de dar muerte,
en venganza de la injuria
de sus hermanos aleves.
Con mi propio trage vengo,
porque mi saña no quiere
valerse aquí de disfraces,
para que sea patente
mi venganza á todo el mundo,
quando mi historia leyere.
Morirá, viven los Cielos,
por mas que el amor intente
suspender de mis rigores
la inagotable corriente.
Esta pasion de venganza
ha de ser en mí perenne,
sin que se cuente por ella
lo que dicen vulgarmente,
que en vano es querer venganzas,
quando Amor pasiones vence.

Leon. ¡Qué de acasos en el mundo
á todas horas suceden!
dígalo yo, pues he andado
tantos dias impaciente,
á causa de averiguar
quién aquella muger fuese,
que pretendia matarnos,
sin encontrar la mas leve
noticia, y en este punto
he sabido casualmente,
que vive en esta posada,
y que este quarto es su alvergue;
y pues mi intento es matarla,
¿en qué el valor se detiene? *Sale.*
Dios os guarde, noble dama,
y decidme, si ser puede,
(porque me importa) si sois
Doña Isabel de Paredes.

Isab. Jamás oculté mi nombre:
yo soy, decid, ¿qué se ofrece?

Leon. Dicha fué no equivocarme:
ya el corazon se enfurece:
decidme, ¿sois de Castilla?

Isab. Sí soy: decid brevemente.

Leon. ¿Conocisteis por acaso
en algun tiempo, aunque breve,
á Don Juan, y Don Alonso
de Toledo y::: — *Isab.* Suspende
la voz, y no tus palabras
sus viles nombres me acuerden,
que puede ser que irritada
en tí mi rencor se vengue.

Leon. Para irritarte lo digo,
que aunque pude fácilmente
aquí quitarte la vida
sin que defensa tuvieses,
no consiente mi valor,
que de ese modo lo intente:
al punto saca la espada,

y

y mira si te defiendes,
que soy Leonor de Toledo.

Isab. No pudiera sucederme
aunque le fuera á buscar,
acaso, que mas desee,
para vengar de una vez
los rencores, que me ofenden:
para matar á Don Felix
se disponia mi fuerte
brazo, y es fortuna mia,
que á tí primero te encuentre,
para que despues, Leonor,
nada por hacer me quede.

Leon. Mayores causas me asisten
para alegrarme, si atiendes,
que habiéndote yo encontrado
ántes que con él tropieces,
á él le ahorro un peligro,
y á tí, que vayas á verle.

Isab. Las obras lo han de decir;
Leonor, las palabras cesen. *Riñ.*

Leon. Grande es tu valor sin duda.

Isab. Toda soy iras crueles:
¿que no acabe de matarte?

Leon. ¿No ves que en mi favor viene
la razon, que me apadrina?
¿cómo presumes vencerme?

Sale Don Felix, y Celio al paño.

Cel. Este es el quarto, señor,
donde la Serrana tiene
su alojamiento, aunque
está en trage diferente.

Fel. Con otra dama empeñada
esgrime el acero fuerte:
entrémos adentro, Celio,
que á su lado he de ponerme.
¡Pero qué veo! ¿mi hermana
no es aquella, que imprudente,
desesperada, y cólerica,
intenta darla la muerte?
fuerza será que lo impida
hasta saber qué la mueve.
Detente, hermosa Serrana,
y tú, vil Leonor, detente,
que mal intentas matar,
quando por que morir tienes,
y sepa de ambas la causa
de disgustos tan crueles.

Leon. A tus pies está mi vida,
hermano Felix, si quieres
vengar en ella el arrojo
que he cometido imprudente;
en dexar sin órden tuya
mi patria, casa, y parientes,
que ya no ha de ser la fuga
á la que mi miedo apele,
sino á la justa razon,
que me forma delinqüente:
delante está de los dos,
pues ésta que ves presente,
con quien esgrimo el acero,
es Isabel de Paredes,
la que mató mis hermanos,
y la que pretende aleve,
con brutal ira, y furor,
darnos á los dos la muerte.

Fel. ¿Qué es lo que escucho? ¡ay de mi!
Doña Isabel de Paredes *Ap.*
es la Serrana, que adoro:
¿qué haré en lance tan fuerte?

Isab. ¿Qué te suspende, Leonor,
para que de reñir dexes?
¿de qué te admiras, Don Felix,
que te elevas, y suspendes?
Yo vuestra enemiga soy,
Doña Isabel de Paredes,
que para matar á entrambos,
mudé trages diferentes:
con el nombre de Fadrique,
yo fuí quien sin conocerte,
en el monte te libró
de los ladrones valientes:
yo fuí la que de Serrana:::-
pero esto al silencio dexe,
pues sabiendo que eres Felix,
solo á mi rencor conviene
quitarte la misma vida,
que te he guardado imprudente.
A mi valor no le estorba,
que el acaso aquí os uniese,
pues en mi corage tengo
el socorro suficiente,
aunque esten á favor vuestro
aves, hombres, brutos, peces,
ayre, fuego, agua, tierra,

 mon-

montes, mares, riscos, fuentes.
Mal me aliento, que al mirarle, *Ap.*
por mas que el rencor esfuerce,
está sin brio la espada,
y cobarde lo valiente;
pero no conozca en mí,
que puede Amor suspenderme.
Dí ¿qué aguardas, pues, Leonor?
Don Felix, ¿qué te detienes?
esgrimid vuestros aceros,
no indefensos os encuentre.

Cel. Sin duda alguna esta dama
de los demonios desciende;
pero si es dama, ¿qué mucho
que así con ellos concuerde?

Leon. Aparta, Felix, que yo
sobro para darla muerte.

Fel. Detente, aguarda, Leonor;
Isabel, espera, tente,
déxame aquí discurrir
lo que executar conviene.
Ofendido, y obligado,
hoy, bella Isabel, me tienes;
pues si enojada, y cruel
diste á mis hermanos muerte,
tambien me diste la vida
altiva, honrada, y valiente:
para que no la agradezca
es muy corto inconveniente,
que obrase allí tu valor
sin saber por quién lo hiciese,
pues no he dexado por eso
de ser yo, (si bien se atiende)
quien recibió el beneficio;
y si yo ingrato te fuese,
que no cumpliera contigo,
me culparan dignamente.
Otra razon hay mayor,
que aun á aquesta la vence,
con ser tan grande, Isabel,
y es la del Amor, que quiere,
desde el punto que te ví,
y aun ántes de conocerte,
que muera de enamorado,
y no muera de rebelde.
Para que conste, y se sepa,
quando este caso se cuente,
y en él mi pasion rendida
á merced de tus desdenes,
que en vano es querer venganzas,
quando Amor pasiones vence,
á tus pies está mi espada,
mátame, Isabel, si puedes,
á ver si encuentras en mí
la vida, que allá me tienes.

Isab. En vano pretendes, Felix,
con razones tan corteses,
que mi furor se suspenda,
que mi juramento quiebre
de vengar mi muerto esposo
en vuestras vidas aleves,
(y aun yo en vano lo intento,
pero mi saña se aliente)
y relevo la obligacion,
que de la vida me tienes,
que entónces no te daria,
si llegara á conocerte;
y así riñamos. *Fel.* No puedo.

Leon. Si á tí pueden detenerte
los motivos de tu amor,
para que de reñir dexes;
no á mí, Don Felix; y así
yo sola la daré muerte.

Isab. Llega, pues. *Riñen.*

Fel. Leonor, espera,
que á su lado he de ponerme.

Leon. ¡Tú contra mí!

Fel. Sí, Leonor,
para que se experimente,
aun quando media la sangre,
como en el caso presente,
que quando el Amor domina,
todas las pasiones vence.

Al lado de Isabel.

Cel. Duelo como éste, imagino,
que no se ha visto otras veces.

Sale Don Juan.

Juan. En el quarto de Isabel
rumor de espadas se siente;
¿pero qué veo? ¿Leonor
no es la que matarla emprende?
¿y el forastero no es quien
de ella la libra valiente?
¿Pues qué espera mi valor,

qu

que informarse no previene
de la causa que á los tres
obliga á enojo tan fuerte?
¿Qué es esto, Isabel hermosa,
quién ofenderos pretende?

Isab. Esto es haber encontrado,
Don Juan, á aquellos aleves
enemigos, que buscabamos;
y pues tú á mi lado debes
cumplir aquella promesa
de ayudarme á que me vengue,
¿á qué aguardas? Mal le irrito. *Ap.*

Juan Contra Leonor ya no puede
vibrar mi valor la espada,
(Doña Isabel) pues la suerte
quiso, que al mirar sus ojos,
sin saber que suyos fuesen,
la rindiese mi albedrío.

Isab. ¿Tal pronunciaste, ó aleve,
adonde pudiese oirte?

Fel. No de esto, Isabel, te alteres,
pues reconociendo aquí,
que Don Juan es quien me ofende,
ya acompañándote altivo,
quando vengarte pretendes,
ya lidiándome en el monte,
porque á mi hermana no encuentre,
y finalmente teniendo
con él un duelo pendiente,
sin que cuente la osadía,
con que á mi hermana pretende,
es razon, que con matarle
tu ofensa, y las mias vengue:
muera, pues.

Leonor al lado de Don Juan.

Leon. Espera, Felix,
repara, mira, y advierte,
que si amante, agradecido,
contra mí propia te vuelves,
y sin ver que soy tu hermana,
á Doña Isabel defiendes,
teniendo iguales razones,
tambien he de defenderle.

Fel. ¿Qué dices, traidora hermana?
ántes te daré la muerte.

Juan. De tí sabré defenderla,
aunque mi vida se arriesgue.

Al lado de Leonor.

Isab. Ya no puede mas mi amor, *Ap.*
pues su peligro me vence.

Al lado de Don Felix.

Detente, Don Juan, espera,
que si tú á Leonor defiendes,
es fuerza que yo tambien
(aunque mis venganzas dexe)
me ponga al lado de Felix.

Juan. ¿A tanto, Isabel, te atreves?

Isab. Sí, Don Juan, pues considero,
que el hacerlo me conviene,
al ver que en ofensa mia
tú á otra dama defiendes;
y pues este lance prueba,
que el amor es el que vence
todas las demas pasiones,
aquí declarado quede,
que si domina Cupido,
todas su propio ser pierden,
sin que venganzas, é iras,
aunque presuman de suertes,
se exîman; pues conocemos
en este caso presente,
que en vano es querer venganzas,
quando Amor pasiones vence;
y para que de una vez
hoy nuestros rencores cesen,
daré la mano á Don Felix:
tú, Don Juan, á Leonor puedes
dársela, y con esto cesa
el duelo, que está pendiente
entre Don Juan, y Don Felix.

Fel. Tu discrecion solamente
pudo ajustar tanto duelo:
tuya es el alma mil veces.

Da la mano á Isabel.

Juan. A mas no debe aspirar
quien logra lo que pretende:
tu esclavo seré, Leonor.

Leon. Tu afecto el premio merece.

Dale la mano.

Cel. Callando como un cochino
he estado mirando á ustedes,

y quando estaba esperando
sucedieran quatro muertes,
he visto que con dos bodas
me habeis quebrado los dientes,
para que al mirarme en blanco,
sin que una moza me quede
á quien pedirle la mano,
me ahorque, ó me desespere:
pues no, no ha de ser así,
que aunque soltero me dexen,
me agarro de aquel proverbio
del Buey suelto, que aquí viene
de perilla; y pues no falta
sino decir dos mil veces,
que en vano es querer venganzas,
quando Amor pasiones vence,
vámonos á nuestras casas,
y venga lo que viniere.
Isab. Pues sea primero diciendo:
Todos. Que perdonen los oyentes
las faltas, que involuntarios
nuestros ingenios cometen.

Año de 1790.

Se hallará en la Librería de Quiroga, calle de la Concepcion Gerónima, esquina á Barrio-Nuevo. Y asimismo un gran surtido de Comedias, y Tragedias nuevas: Comedias antiguas de todos los Autores Españoles; Autos Sacramentales, y al Nacimiento; Saynetes y Entremeses.

y quando estaba esperando
mostraros quanto os estimo,
[illegible]
[illegible]
para que os [illegible]
[illegible]
a quien [illegible]
[illegible]
[illegible]
que aunque [illegible]
[illegible]

[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
y [illegible]
Isab. [illegible]
Todos. [illegible]
las faltas, [illegible]
[illegible]

Año de 1790.

Se hallará en la Librería de Quiroga, calle de la Concepcion Gerónima, [illegible] y Barrio-Nuevo. Y asimismo un gran surtido de Comedias, y Tragedias nuevas. Comedias antiguas de los mejores Autores Españoles; Autos Sacramentales, [illegible], Saynetes y Entremeses.


SIGILLUM UNIVERSITAT. CAROL. SEPTENT.
LVX
LIBERTAS

